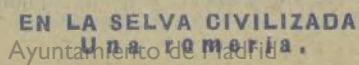




Revista para los jóvenes.

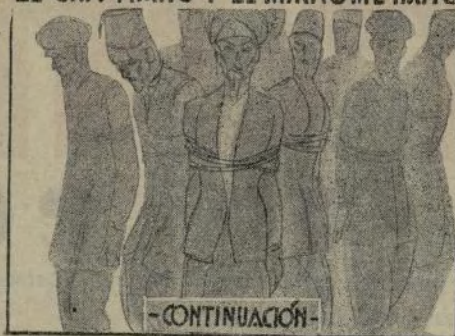
MADRID

NUM. 109



Una romería.

"EL CRISTIANO Y EL MAHOMETANO"



-CONTINUACIÓN-



«Bienaventurados los que se conservan fieles al Señor; la virtud de un cristiano consigue más victorias que su espada.» La madre y los pequeñuelos cruzaron las manos y dieron gracias a Dios. La vuelta del caballero produjo gran acontecimiento. Aquellos ocho infelices esclavos, rescatados por su nobleza, no cesaban de referir lo acontecido y de alabar a su bienhechor. La misma Orden le demostró profunda estima, elevándole luego a las más altas dignidades. La lucha contra los infieles continuaba; pe-

ro el puesto principal que Raimundo ocupaba le detenía en Malta. Aprestábanse nuevos armamentos, pues los turcos habían causado a los cristianos enormes daños. Volvieron de esta expedición vencedores los caballeros, trayendo al puerto dos naos enemigas y gran número de mahometanos prisioneros. Para celebrar el triunfo debidamente, el Gran Maestre ordenó que fuesen conducidos atados por las calles hasta el patio de su palacio. Habíanse reunido allí todos los caballeros para disponer de la

suerte de aquellos infelices. Raimundo, comandante ya de la Orden, estaba al lado del Gran Maestre y miraba tristemente a los prisioneros, recordando aquel tiempo en que él se encontraba en igual situación allá en Argel, cuando en esto sus ojos se fijaron en el rostro de Sidi-Mulay, que estaba entre los cautivos. El orgulloso varón, abrumado por su infortunio, no osaba levantar la vista. Raimundo llevó aparte al Gran Maestre, conversando brevemente con él; después mandó llamar a su hermano, quien



enterado de todo, compró a la Orden, en subido precio, el prisionero Sidi-Mulay. «No me compres—dijo éste—. En mí no encontrarás un siervo trabajador ni obediente; soy muy noble y no he aprendido ni una ni otra cosa.» «Pero la aprenderás—replicó Federico—. Los cristianos quizá dispongamos de medios más eficaces que vosotros para vencer la tenacidad de los esclavos.» Cuando llegaron a la morada de Federico,

condujeron al turco a un cómodo aposento; quitáronle los grillos, y se esmeraron en fortalecerlo con sanos alimentos, vendando las mal curadas heridas que en el combate naval había recibido. Los nietos de Federico le trajeron frutas y flores. Pasados algunos días, entró Federico una mañana en su cuarto. «Ya has recobrado las fuerzas—dijo—. Tus heridas están curadas; si quieres, vamos a trabajar.» Mulay obedeció

en silencio. Su señor le condujo a los amenos campos, en donde encontraron multitud de trabajadores ocupados. Pero allí no se veía ningún esclavo con cadenas, ni inhumanos capataces los castigaban con el látigo. «¿Quieres ayudarme a fijar aquellas ramas de parra y a coger las uvas maduras?—preguntó Federico con exquisita amabilidad a Mulay.» Acercóse éste prontamente, no pudiendo negar una ayuda solicitada



con tanta dulzura, y trabajó asiduamente. Al llegar las horas calurosísimas del mediodía, le condujo de nuevo Federico a su aposento, enviándole alimentos y permitiéndole descansar un buen rato. Volvió después a buscarle para el trabajo, y supo ocuparlo, granjeándose su voluntad, hasta la caída de la tarde. «Hoy me has ayudado fielmente en mi trabajo; justo es que compartas mis recreos conmigo.» Así diciendo,

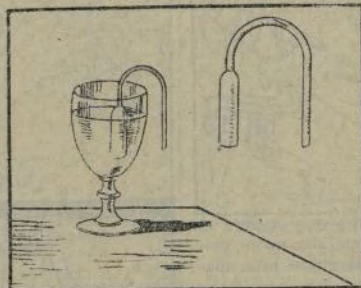
llevó Federico al mahometano a un grande y frondoso emparrado, desde el cual disfrutaban la deliciosa vista del mar. Allí se sentaron en un banco de musgo, y mientras gozaban del gran espectáculo del sol que se hundía en el mar, preguntó Federico a su prisionero qué era lo que había impulsado a un hombre tan noble como él a embarcarse, exponiéndose así a ser cautivo. El turco, sin titubear, lleno de sombra pe-

na, le dijo que se había embarcado para perseguir varios esclavos cristianos fugitivos, y que cuando ya se encontraba próximo a echarles mano cayó en las de los caballeros enemigos. La llegada de las hijas y nueras del anciano e hijos de éstas, interrumpió el diálogo. Sabían que gustaba mucho al abuelo contemplar desde aquel sitio la puesta del sol, y venían solícitos a buscarle allí. Sidi-Mulay no podía apar-



LOS HIJOS TIENEN EL DEBER DE DEFENDER Y CONSERVAR EL BUEN NOMBRE DE SUS PADRES

Una niña francesa, cuyos padres vivían muy olvidados de sus deberes religiosos, sufría mucho los viernes, pues querían obligarla a comer de carne, cosa prohibida en las naciones que no disfrutaban del privilegio de la Santa Bula. Para vencer su resistencia, los desnaturalizados padres la castigaban cruelmente, de forma que la infeliz tenía todo el cuerpo lleno de cardenales. Algunas veces la ataban a un palo y la ponían delante un plato de carne para obligarla a que la comiera. Un día, puesta de rodillas, rogó a su madre que mirase por la salud de su alma y se confesase. Conmovida la madre, siguió la indicación de su hija, y el padre no tardó en hacer lo mismo. «¿Por qué, hija mía—le dijo el confesor a la niña—, no me decías lo que te pasaba?» «Porque no quería—contestó la niña—hablar mal de mis padres.» Así deben obrar todos los hijos, velando por la honra de sus padres.



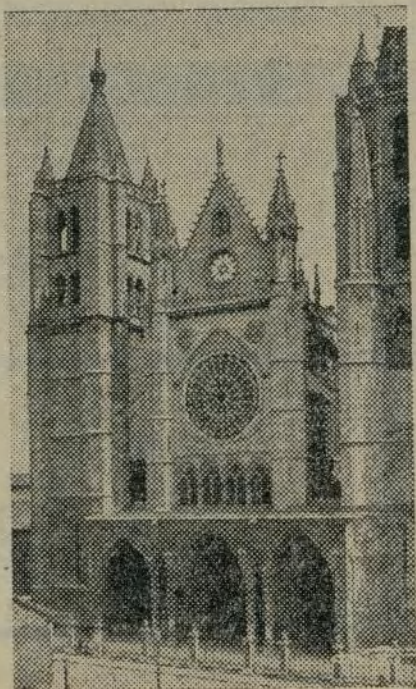
EL SALTO CON LA CUERDA

El juego del salto consiste en mover la cuerda en la misma forma que se explicó en el juego anterior, pero efectuando el salto con los dos pies al mismo tiempo. Este juego del salto lo conocen y practican todos los niños y niñas; mas tiene dos variedades que ofrecen alguna dificultad y que no se logran realizar sin mucha práctica. Consiste una en dar dos saltos mientras la cuerda da una sola vuelta, y la otra, aún más difícil, dar un solo salto mientras la cuerda da dos vueltas; para lograr esto último se precisa dar el salto muy alto y tener en las muñecas mucha resistencia. En una y otra variedad es muy dificultoso lograr dar muchos saltos sin interrupción.

MAS SOBRE EL SIFON

Puede cebarse también, automáticamente, el sifón, aunque la curva de éste esté muy por encima del nivel del agua, disponiendo la boca de la rama hundida en el líquido, de forma que sea más ancha que el resto del tubo; pues de esa forma aumenta la inercia del agua y sube por el interior a mayor altura que en los casos anteriores, logrando que ascienda a varios centímetros sobre el nivel. Mientras mayor sea la parte sumergida, a mayor altura sube el agua. De esto nos ocuparemos otro día.

ESPAÑA MONUMENTAL, ARTISTICA Y REGIONAL



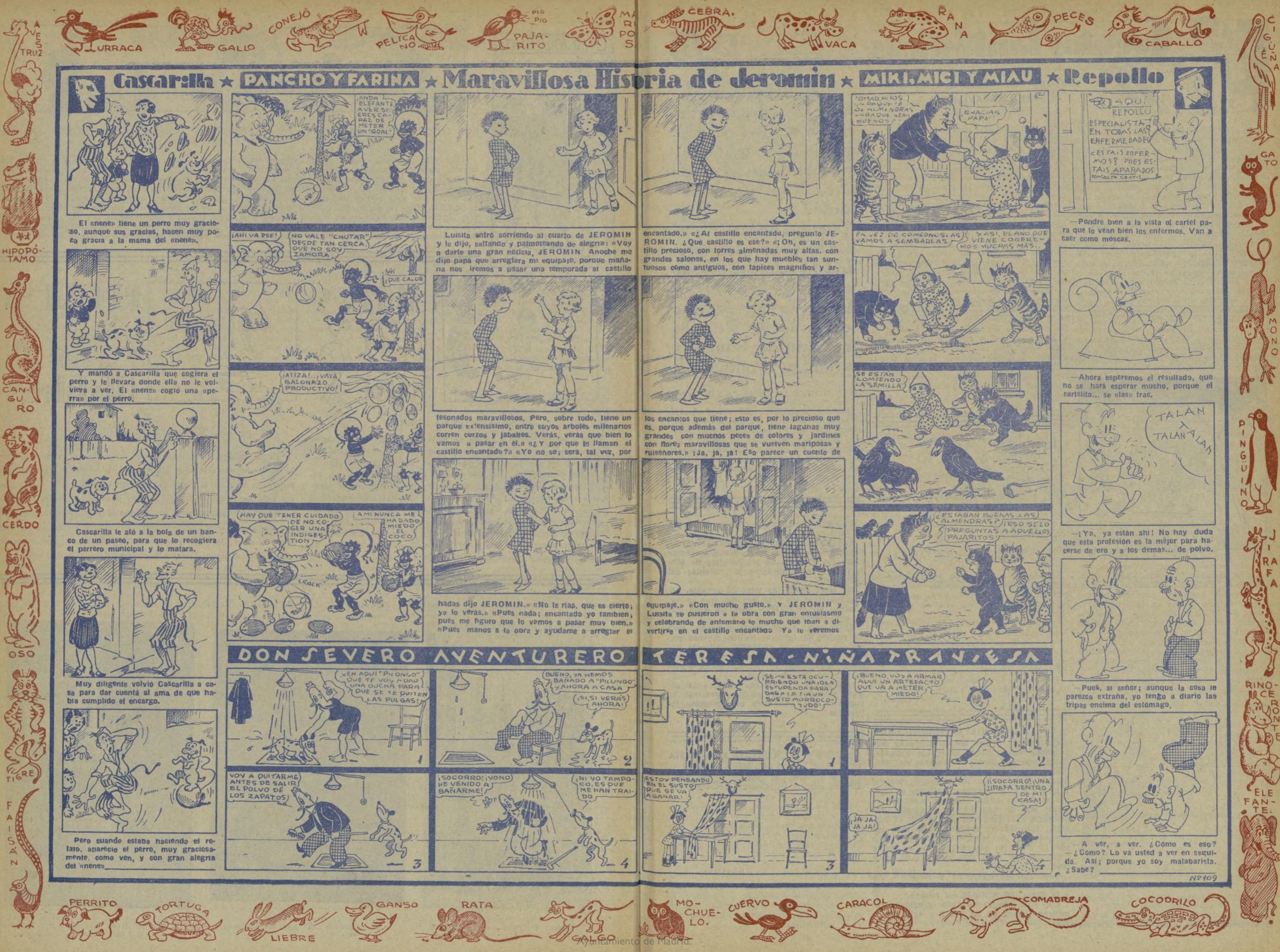
1.º León: Fachada de la Catedral.



2.º Velázquez: El niño de Vallecas. Ayuntamiento de Madrid



3.º Ciudad Real: Escudo y tipo regional.



Cascarilla ★ PANCHO Y FARINA ★ Maravillosa Historia de Jeromin ★ MIKI, MICI Y MIAU ★ Repollo



El «nene» tiene un perro muy gracioso, aunque sus gracias, hacen muy poca gracia a la mamá del «nene».



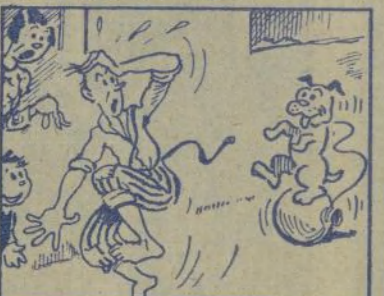
Y mandó a Cascarilla que cogiera el perro y lo llevara donde ella no le volviera a ver. El «nene» cogió una «perrera» por el perro.



Cascarilla le ató a la bola de un banco de un paseo, para que lo recogiera el perrero municipal y le matara.



Muy diligente volvió Cascarilla a casa para dar cuenta al ama de que había cumplido el encargo.



Pero cuando estaba haciendo el relato, apareció el perro, muy graciosamente, como ven, y con gran alegría del «nene».



¡AHÍ VA ESE! (NO VALE «CHUTAR» DESDE TAN CERCA QUE NO SOY ZAMORA)



¡ATIZA! ¡VAYA BALONAZO PRODUCTIVO!



(HAY QUE TENER CUIDADO DE NO COGER UNA INDIGESTION)



¡AMINUNCA ME HA DADO MIEDO EL COCO!



Luisita entró corriendo al cuarto de JEROMIN y le dijo, saltando y palmeando de alegría: «Voy a darte una gran noticia, JEROMIN. Anoche me dijo papá que arreglara mi equipaje, porque mañana nos iremos a pasar una temporada al castillo encantado.»



tesonados maravillosos. Pero, sobre todo, tiene un parque extensísimo, entre cuyos árboles milenarios corren corzos y jabalíes. Verás, verás que bien lo vamos a pasar en él. «¿Y por qué te llaman el castillo encantado?» «Yo no sé; será, tal vez, por



hadas dijo JEROMIN. «No te rías, que es cierto; ya lo verás.» «Pues nada; encantado yo también, pues me figuro que lo vamos a pasar muy bien.» «Pues manos a la obra y ayúdame a arreglar el



encantado.» «¿Al castillo encantado, pregunto JEROMIN. ¿Qué castillo es ese?» «Oh, es un castillo precioso, con torres almenadas muy altas, con grandes salones, en los que hay muebles tan suntuosos como antiguos, con tapices magníficos y ar-



los encantos que tiene; esto es, por lo precioso que es, porque además del parque, tiene lagunas muy grandes con muchos peces de colores y jardines con flores maravillosas que se vuelven mariposas y ruiseñores.» ¡Ja, ja, ja! Eso parece un cuento de



equipaje.» «Con mucho gusto.» Y JEROMIN y Luisita se pusieron a la obra con gran entusiasmo y celebrando de antemano lo mucho que iban a divertirse en el castillo encantado. Ya lo veremos



¡OMADIOS! UN PAQUE DE ALMENDRAS ¡VAYADUE SEAN BUENOS!



EN VEZ DE COMEDORAS VAMOS A SEMBRARLAS.



¡SE ESTAN COMIENDO LA SEMILLA!



¡ESTABAN BUENAS LAS ALMENDRAS! ¡ESO SE LO PREGUNTAS A AQUELLO PAJARITO!



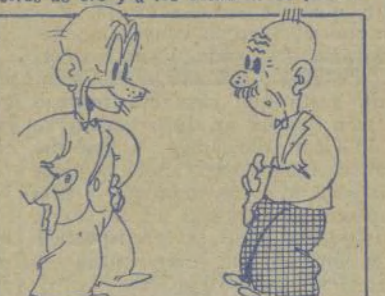
—Pondre bien a la vista el cartel para que lo vean bien los enfermos. Van a caer como moscas.



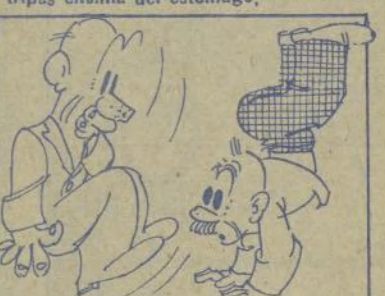
—Ahora esperemos el resultado, que no se hará esperar mucho, porque el cartillito... se «las» trae.



¡Y ya, ya están ahí! No hay duda que esta profesión es la mejor para hacerse de oro y a los demás... de polvo.



—Pues, si señor; aunque la cosa te parezca extraña, yo tengo a diario las tripas encima del estómago.



—A ver, a ver. ¿Cómo es eso? ¿Cómo? Lo va usted a ver en seguida. Así, porque yo soy malabarista. ¿Sabe?

DON SEVERO AVENTURERO



¡VEN AQUÍ! «PILUNGO» QUE TE VOY A DAR UNA OUCHA PARA QUE SE TE QUITEN LAS PULGAS!



¡BUENO, YA HEMOS BAÑADO A «PILUNGO» Y AHORA A CASA! (¡SI SI VERÁS AHORA!)



VOY A QUITARME ANTES DE SALIR EL POLVO DE LOS ZAPATOS



¡SOCORRO! ¡YONO HE VENIDO A BAÑARME!

TERESA-NIÑA TRAVIESA



¡SE ME ESTÁ OCURRIENDO UNA IDEA! ESTUPENDA PARA DAR LA TIA UN SUSTO MORROCOYUDO!



¡BUENO, VOY A ARMAR AQUÍ UN ARTIFACTO QUE VA A METER MIEDO!



ESTOY PENSANDO EN EL SUSTO QUE SE VA A DAR!



¡¡SOCORRO! UNA JIRAFÁ DENTRO DE MI CASA!

Cuentos fantásticos

HISTORIA DE ALADINO O LA LAM-
PARA MARAVILLOSA
(Continuación.)

Aladino se aprovechó entonces para decir al soberano que él había creído siempre que Aladino era un hechicero y que su conducta era misteriosa, añadiendo que él jamás hubiera casado a la Princesa con un hombre como él. El Sultán, lleno de desesperación porque le faltaba su hija, envió a varios oficiales del ejército para que fuesen en busca de Aladino y le cortasen la cabeza. Cuando éstos llegaron a la presencia del Príncipe, éste protestó de su inocencia; mas los oficiales le ataron codo con codo y le condujeron a la ciudad. El pueblo, que tanto le quería por las liberalidades que había hecho, se amotinó y quiso libertarle, siendo necesarias todas las precauciones de la fuerza pública para llevarle ante el Sultán. Este no quiso oírle, y mandó al verdugo que lo degollase en el mismo palacio; pero entonces la multitud forzó las puertas y entró dando gritos y pidiendo la vida del generoso Príncipe. El Sultán, acobardado, le hizo gracia de la vida y le dejó en completa libertad. Entonces pudo enterarse completamente Aladino de todo lo que en su ausencia había pasado y pidió cuarenta días



de plazo para encontrar a la Princesa, sintiendo en morir si no lo conseguía. Salió de la ciudad desesperado y anduvo tres días por los bosques sin saber qué resolución adoptar, hasta que casualmente rozó el anillo mágico que en un dedo tenía y se le apareció un Genio diciéndole: «¿Qué me queréis? Soy el esclavo del anillo y estoy dispuesto a obedecer a tus mandatos.» Aladino, que apenas se acordaba del talismán, se alegró infinito y pidió ser transportado en el acto al sitio en que se encontraba la Princesa. El Genio le llevó a África, y le colocó en los jardines de su palacio, donde Aladino esperó a que amaneciese. La

vieja que ella había cambiado sin saber su mérito. «¿Habéis visto esa lámpara?—le preguntó Aladino.» «Sí que la he visto—respondió ella—, y el africano la trae siempre cuidadosamente guardada en el seno.» «Pues es preciso librarnos de ese infame a toda costa y arrancarle la lámpara. ¿Viene a verte con frecuencia?» «Antes venía todos los días—respondió Brudulbudura—; pero como yo le trato con displicencia, ahora sólo viene una vez cada semana.» «Pues bien—continuó Aladino—; la primera vez que venga le recibes muy bien adornada y le colmas de atenciones. Le invitas a cenar, y sin que él lo note, le echas estos polvos en un vaso de vino. Toma el paquete, todo el que toma los polvos en él contenidos pierde al instante el conocimiento. Yo me esconderé en la habitación inmediata y apenas el infame mágico caiga al suelo, le quitaré la vida y me apoderaré de la lámpara.» En virtud de los consejos de Aladino, la Princesa preparó la droga e invitó al africano a una cena íntima; el mágico accedió gustoso, y apenas bebió de la copa preparada, cayó al suelo como herido por un rayo. Salió Aladino inmediatamente de su escondite, rogó a la Princesa que fuese a esperarle en la habitación próxima, mató

(Concluirá.)

la pulga

y el
camello



FÁBULA

Habiéndose puesto una pulga sobre la carga que llevaba un camello, decía vanagloriándose que era más que él, puesto que iba encima, y, por fin, saltó al suelo, diciéndole:

—Amigo mío, conozco que peso mucho, y teniendo compasión de ti he bajado.

—De nada me sirve—respondió el camello—el favor que pretendes haberme hecho, pues tu cuerpo ni quita ni añade lo más mínimo a mi carga.

Ridícula es la protección jactanciosa que ofrecen los que nada pueden.

ESOPHO.

A LOS JEROMINISTAS MADRILEÑOS

El Concurso entre los jeroministas madrileños, mejor dicho, entre los colegios, tanto oficiales como particulares de Madrid, consistirá en lo siguiente:

JEROMIN ofrece un hermoso «balón», a elegir, por el colegio agraciado, al colegio madrileño cuyos alumnos presenten el mejor lote de diez dibujos originales, representando escenas en que figure JEROMIN. Los dibujos tendrán, cada uno, las dimensiones de 15 centímetros de largo por 12 de alto; estarán hechos en papel blanco y con tinta muy negra (con tinta china es lo mejor).

Cada dibujo traerá en el respaldo las señas o dirección del colegio, más el sello y la firma del profesor del mismo.

Los diez dibujos de cada colegio se remitirán juntos en un sobre a esta redacción.



Princesa se levantó de madrugada, según costumbre, y cuando fué a abrir los balcones de su habitación, vió a Aladino, llenándose los dos de alegría. Aladino le contó el misterio que encerraba la lámpara

SOLUCIONES A LA CARTA ANTERIOR

Queridos amiguitos: En todos vuestros actos tened presente siempre a Dios, pensando que es tan bondadoso como justo, pero ni su bondad ejerza en vosotros presunción ni su justicia desaliento, porque la bondad de Dios no es para los que abusan de ella ni su rigor para los que obran rectamente.—Jeromin.

El plazo de admisión termina el día 15 de julio.

Rogamos a todos los jeroministas madrileños que lean esto, lo divulguen entre todos los alumnos de los colegios de Madrid. Así contribuirán a la brillantez del Concurso.

De entre todos los lotes de dibujos, seleccionaremos los diez mejores, que se publicarán en JEROMIN para los fines que ya explicaremos.

El premio, como hemos indicado, será un «balón de fútbol»; el que quieran elegir los del colegio victorioso. Además habrá otro premio de diez pesetas para el mejor dibujo que se reciba, aunque pertenezca a un lote premiado.

¡Animo! A trabajar por la fama del colegio respectivo. Del colegio premiado se publicará en JEROMIN una hermosa fotografía.



CRUZADA JEROMINISTA
DEL BUEN HABLAR

Todo jerominista debe ser bien educado, pues la finalidad de JEROMIN es la educación y cultura de los niños españoles; por lo tanto, deben aborrecer la blasfemia y las palabrotas groseras y soeces, que son signo de mala educación.

CONSEJOS DE «JEROMIN»

El buen jerominista ha de ser con sus padres respetuoso, cariñoso y obediente. El niño respondón, que coge rabietas, que no quiere obedecer, no merece el honroso título de jerominista.

La España Gloriosa



El pueblo del reinado de Carlos IV, paciente y humilde—dice un historiador español—habíase transformado de pronto en un pueblo viril; el alzamiento de 1808 evidenció que España no era, ni mucho menos, una nación caída y muerta. El poder del coloso no comenzó a desmoronarse hasta que midió sus armas por el tenido por pigmeo. Napoleón pudo vencer a nuestros reyes, pero no contó con que esos reyes lo eran de un pueblo indómito, apto y tenaz como ninguno para la lucha, y de ello se convenció demasiado tarde, después de las derrotas del Bruch, del desastre de sus tropas en Bailén y del sangriento fracaso de los primeros sitios de Gerona y Zaragoza.

Al finalizar el año 1808, las tropas francesas, que dominaban en casi toda la Península, quisieron dominar también en Aragón, donde tan duros golpes habían recibido, y el 17 de diciembre el mariscal Moncey se situaba frente a Zaragoza con su tercer cuerpo de ejército, compuesto de 16.000 hombres, más 18.000 combatientes, mandados por el mariscal Mortier, que se incorporaron a los primeros. Además, llegó de Pamplona el general Lacoste con sesenta cañones, todo el material necesario para un asedio regular, ocho compañías de zapadores y dos de minadores.

Los zaragozanos, por su parte, aleccionados con el primer sitio, acibarada la satisfacción del triunfo por la triste persuasión de que no había de tener un resultado decisivo y que no tardaría la ciudad en sufrir nuevos combates, habían procurado fortificarse. Era punto menos que imposible convertir a Zaragoza en plaza respetable, pero dentro de lo que cabía, el general Palafox no descuidó ningún detalle necesario para la defensa: se fortificaron los conventos, hicieron terraplenes, fosos y reductos; construyéronse baterías; abrieron zanjas en las calles; se tapiaron los pisos bajos, se aspillaron los altos de las casas, comunicándolas unas con otras, se arrasaron las quintas y huertas, taláronse los árboles y destruyóse todo lo que pudiera servir de abrigo al enemigo.

Los vecinos de Zaragoza, sin distinción de edad o sexo, ayudaron con entusiasmo a los trabajos de fortificación, y en todos, militares y paisanos, había ánimos, energía y decisión.

A pesar del poco tiempo transcurrido desde el primer sitio, cuando los franceses pudieron pensar en un nuevo ataque, la ciudad inmortal estaba abastecida, tenía 60 cañones y 28.000 hombres para su defensa, a las órdenes del general Palafox, que mandaba en jefe, teniendo por segundo a don Felipe Saint-March. El general Villalba mandaba la artillería; San Genís, los ingenieros, y el brigadier don Fernando Gómez Butrón, la caballería, compuesta de 1.400 jinetes.

El 21 comenzó el enemigo sus ataques por las obras exteriores, y no sin esfuerzo logró apoderarse de los atrincheramientos del monte Torrero, que defendía Saint-March con 5.000 hombres. Los nuestros se replegaron a la ciudad, dejando en poder de los franceses 100 prisioneros y tres piezas de artillería; pero este funesto golpe tuvo aquel mismo día alguna compensación, en la de-

(Continuará.)

VALENCIA Y VASCONGADAS



Un señorito por Vicente Palop
Chiste (Valencia) 12 años



Una pasaje por José Llorca
Burgués (Alicante)



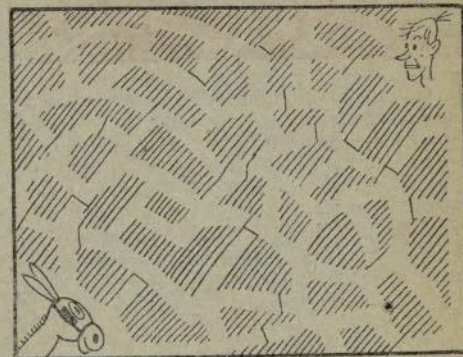
Entusiasta grupo de
jeroministas de Calat
tel (Zaragoza).



ROMPECABEZAS



1.º Unid los puntos del 1 al 41 y veréis qué sorpresa.



2.º ¿Qué camino seguirá Cascarilla para buscar la borriquilla?

JEROMIN, la revista para jóvenes más artística, amena e instructiva
Con censura eclesiástica.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un ejemplar, 5.20 pesetas al año.

Por paquetes de cinco ejemplares en adelante, a razón de ocho céntimos ejemplar.—Número suelto, 10 céntimos.—Pagos adelantados.

Dirección y Administración: Calle Mayor, número 92, pral. izquierda. Madrid.

Teléfono 18.491.



La Gran Guerra fué fecunda en acontecimientos de todo género, y hoy voy a narraros lo que le sucedió a un pastorcillo escocés llamado Mc Kay, que ejercía su profesión en la costa. Hallándose un día próximo al borde del acantilado, creyó percibir una estela en el agua, que rápidamente se acercaba al



sitio donde él se hallaba. El pastorcillo se agazapó como pudo tras unas peñas, pudiendo observar que la estela aminoraba su marcha, hasta quedarse el agua tranquila, e inmediatamente surgió una gran mancha negruzca, en la que Mc Kay reconoció inmediatamente un submarino alemán. Durante un momento permane-



ció indeciso, sin saber qué partido tomar, pero pronto surgió en su mente una idea luminosa. Aprovechando que el submarino se hallaba parado precisamente debajo de donde él se hallaba, desgajó una gruesa rama de un árbol y, utilizándola como palanca, lanzó sobre el submarino unas gruesas peñas que se



hallaban al borde del acantilado, pensando de esta manera impedir que la embarcación se sumergiera. En efecto: las peñas, al caer desde tan gran altura, abrieron una gran brecha en la parte superior del sumergible, que le impedía navegar de otra forma que no fuera el ir a flor de agua. El asombro en la



tripulación, ante tan inesperada e insólita agresión, fué indescriptible, máxime cuando no lograron enterarse de quién provenía; pues nuestro pastorcillo tuvo buen cuidado de permanecer oculto y, deslizándose entre las peñas, dirigirse a una caseta situada en la costa, en la cual siempre había un destaca-



mento de marineros británicos, para intervenir en cualquier eventualidad que, en aquellos tiempos de guerra, solía suceder por aquellos lugares. Inmediatamente que Mc Kay llegó a la caseta refirió al oficial que mandaba el destacamento lo que le había acontecido y la apurada situación en que se encontraba



el submarino alemán al pie del acantilado. El oficial, acompañado de un marinero, se encaminó a la costa. Una vez en la orilla ordenó al marinero que advirtiese, mediante el telégrafo de banderas, a un «destroyer» inglés, que patrullaba por la costa, del suceso acaecido, mientras él comprobaba personalmente la veracidad de los sucesos que



había relatado Mc Kay. Pronto se enteró el «destroyer» de lo que sucedía; así que, sin perder segundo, enfiló proa hacia el submarino e hizo prisioneros a sus tripulantes, que, ante lo desesperado de su situación, no intentaron siquiera el menor acto para defenderse, entregándose incondicionalmente. Enterado el comandante del «destroyer» de que aquella



captura era debida a nuestro pastorcillo, le hizo subir a cubierta y, después de mostrarle su agradecimiento por tan valerosa acción, le invitó a que dejara su oficio enrolándose en su «destroyer» como grumete, cosa que ni que decir tiene que Mc Kay aceptó encantado.

FIN

HISTORIA DE UN MOZALBETE APELLIDADO «CHURRETE» (Continuación.)



Cuando la piel estuvo seca, bien estirada y hechos los dos mil metros de cuerda, Churrete se puso a construir su



acoplano, que no fué otra cosa que una gran cometa, cosa que sabía hacerlas muy bien, pues en su pueblo, la tarde...



y la mañana también que hacía aire, hacía novillos y se iba al campo a elevar la cometa.

(Continuará.)

